

El lenguaje poético

Escribe: ALFONSO HANSSEN

Me parece absurdo pretender hallar la intención poética en cualesquiera rastros de la historia, por el solo hecho de que en ellos se afirma cierta reconditez que los hace misteriosos.

La poesía es la culminación, bastante definida, de un proceso de cultura en donde el hombre ha tenido que amasar mucho más que alegría y sufrimiento: la necesidad de expresar en forma simbólica aquello adscrito a él, no espontáneamente, sino como el fruto reprimido del tiempo, ante la colectividad que lo rodea y que debe cantar lo que ella no ha sido capaz de describir.

El poeta es un instrumento. ¿De qué?

Nos bastan unas sencillas consideraciones acerca de la poesía —que llegan a su fondo— y encontraremos razones valederas para distinguir no al arte sino a los elementos que obran como factores reales de esta, aunque a sabiendas que vienen de disciplinas independientes.

Primero se debe pre-fijar el ámbito en que la poesía se mueve.

Nos referimos al lenguaje, originado por la necesidad material de la comunicación social, cuya acción niega precisamente el distintivo poético que asumió el hombre, aquel que combinaba en un estado peculiar la animalidad movida a extinguirse y la escasa racionalidad. Ese hombre, ahito de imágenes, antes que hablar, danzó, bebió y se entregó a una locura espantable. El mono antropomorfo, quien fuera el verdadero Dionisios, estuvo ausente del lenguaje mientras retraía y poseía con goce a la irracionalidad misma. Lo irracional actuó siempre para no dejarle ser ni completamente humano ni en definitiva animal. Lo irracional fue una frontera para el lenguaje, argumento que apreciamos ahora, cuando dependemos a intervalos de uno y otro de los extremos, pero que en aquellos momentos era difícil, pues el hombre se enfrentaba con tosudez al hecho de su existencia.

Disperso y perdido en el horizonte abierto de los puntos cardinales, fue el hombre esclavo de una serie de ritos que hoy explicamos pero supeditándolos a esquemas convencionales del psicoanálisis. Atrapado en su demonio se

conmovía pleno de arrepentimiento y su poesía era música indiferenciada, ritmo de cadencias espaciales y dependientes del soplo secreto de su alma inerme. La poesía no musitaba palabras, pues era tanto como acomodarse a la verdad, ante la cual no se humillaba.

La verdad impositiva se dio como equivalencia de valor. Nacida del deseo social de paz, arbitró a los hombres, sujetándolos a condiciones de tipo económico, aún subsistentes, y lo enajenó para impedirle esa libertad que asumía la guerra y que implicaba la negación de la moral y del derecho. Esa verdad requirió signos que la expresaran. Surgió el nominativo. Sustantivos como "piedra" para hablar del duro promontorio con que mataba a las aves y desgajaba a las frutas. "Agua" para el líquido que ablandaba a la garganta. Y, "fuego" para el asustadizo fantasma que la violencia de sus propias manos produjera. La verdad fue identificación de sonidos guturales y cosas, destruyendo en este plenilunio lingüístico el encanto poético. La definición y las comparaciones latas eliminaron los devaneos musicales del hombre.

El desarrollo del lenguaje fue asombroso pero únicamente instrumental. Relacionaba, condicionaba, en pocas palabras, participaba de la naturaleza y abría posibilidades de vida incalculables. Sirvió al hombre para adaptarse y para desviar su angustia por los recodos y escondites que su dialéctica permitiera. En cierto modo, fueron las palabras que utilizó las que lo sacaron del marasmo fantástico para precipitarlo a la rudeza existencial. El hombre se ocupó de las cosas y fue centro de referencia para ellas, en un debate casi a muerte contra lo poético.

Lo que algunos estudiosos de este arte han clasificado como poesía primitiva, el sencillo hablar de las tribus descubierto en los signos inscritos en las cavernas, nada, específicamente, tiene que ver con él. El ensayo acerca de la temática poética exageró su realismo, haciéndolo palpar en ocultas nimiedades. Son hoy muchos los verbalistas que radican "la poesía ignorada y olvidada" de los pielesrojas entre las más auténticas muestras del arte.

Al arribar a la actualidad poética, cuando ya la simbología se asienta dentro de sí misma y cuando el lenguaje se escapa al contenido primario, es difícil querer intuir tan fácilmente la constitución esencial de la poesía. Se requiere abrir perspectivas que no son las palabras mismas, el lenguaje como sistema o la simple expresión de la libertad poética. Ese asombro que nos causa la naturaleza —su excelsitud de formas— está supereditado a otros ingredientes: la habilidad fonética, la parsimonia de la escritura que nos guía, la retención de los vocablos, etc.

La mañana temprana de la poesía fue apenas el ruidillo lírico por cuyo cauce el hombre quiso huír de la palpabilidad natural. Asediado por el temor que hacía vibrar la exhuberancia vital, se encierra a descifrar una lentitud espiritual. Emplea el lenguaje para sí mismo, pero sin sacarlo del rol de la experiencia objetiva. El interior es un objeto de prelación para el habla, dejando una base en donde se alzarán la estructura retórica.

La segunda etapa de la poesía es la épica y esta manera de cantar del hombre es un trasunto de la veleidad. El goce es más fuerte, bebiendo lo humano en la fuen-

te de sí mismo y alambicando las palabras. De ellas se apodera el fantasma de la historia, transformada la gesta de la voluntad real, casi material, en hazaña de categorías universales, impresas de contenidos diferentes a los que suceden en la relación palabra-cosa o en la del hombre como factor equivalencial del mundo ordenado. La historia porta consigo acumulaciones culturales estratificadas y de ellas se aprovisionan las sociedades que corresponden en el tiempo. La unión de historia y palabra, es decir, de los valores de aquella y de los signos lingüísticos, es lo que constituye lo épico. Se produce un meta-lenguaje, un lenguaje puesto al servicio de la universalidad, actuando a manera de redención. Eso mismo que la palabra,, en forma llana, había sacrificado —los momentos de sed y de insatisfacción humna en el estado orgánico intermedio— es lo redimido por el hombre como epopeya, como culto a la fuerza, o como bravura ficticia. El hombre es héroe o, mínimamente, participación parcial del heroísmo, o heroicidad al máximo que usurpa poder y subyuga.

La simbología literaria, enraizada en la épica, no podrá, desde entonces, zafarse de este peculiar esposamiento. A través de la historia se nutre. En sus manifestaciones espirituales, la historia será el material que obligará al lengua-

je a engendrar la metáfora. Habrá un explayamiento metafórico de la poesía, en trance de consecución de poetas, buscando afianzarse y develando radicalmente mundos particulares. Vuelve la poesía a disponerse como una nueva amalgama de emparejamientos musicales, diferenciables en los intervalos. Se clasifica e identifica por escuelas, denotando una especie de compasión ante las actitudes sentimentales de los hombres. Todo ser humano revive la poesía sin pensarlo, pero solo es poeta aquel en cuya habilidad verbal esta acontece. Así como matemático es el poseído por el embrujo de las unidades y los conjuntos, poeta es el mago que partiendo del lenguaje edifica lo que el lenguaje destruyó por mucho tiempo.

La poesía no es mera comunicación, tal como quiere hacerlo saber la interpretación pragmática. La poesía es una de las disciplinas que predicán lo enigmático del hombre, pero ya cuando este se ha declarado un irredimible vencido. Tanto así que cada vez es más actual, pues en lugar de hacer falsa claridad, se asume a obscuras y, en sus tinieblas, de su soplo divino ella misma se vale.

No todo es poesía, por el hecho de que aparezcan curiosidades dignas de su reposo. Lo poético estremece, vuela y vuelve gastando la juventud de nuestros sentidos.